

## La lucha por el espacio urbano: un caso otomí en la ciudad de México

**E**ntre las necesidades más apremiantes que deben satisfacer las familias indígenas que migran a las ciudades está el lugar donde vivir. Si en un principio muchos migrantes se hospedan con sus familiares ya residentes o rentan una vivienda, el objetivo que persiguen los que desean quedarse definitivamente en la ciudad es conseguir una vivienda propia. La compra de un lote en la periferia de la ciudad para la edificación de una casa u ocupación ilegal de un terreno en la espera de su posterior regularización son algunas opciones que han practicado los migrantes en las últimas décadas.

Había, sin embargo, grupos de migrantes, incluso familias enteras, que llegaban a la ciudad de manera temporal para conseguir recursos y después de una breve estancia regresaban a sus comunidades, hasta que la necesidad los obligaba a volver. Este fue el caso de muchas familias otomíes, originarias de la comunidad Santiago Mezquititlán, municipio de Amealco, Querétaro, quienes durante casi tres décadas siguieron este patrón migratorio.

En este artículo se presentan algunos avances de la investigación realizada en dos grupos de familias otomíes de Santiago, que actualmente residen en asentamientos colectivos en dos predios en la colonia Roma. El interés del caso consiste en que se cuenta con antecedentes de la migración otomí desde la década de 1970, lo que permite hacer una comparación con la situación actual no sólo en lo que se refiere al patrón migratorio, sino también respecto a su relación con la sociedad urbana en general.

### La migración otomí a la ciudad de México

**A** los migrantes de Santiago Mezquititlán se les conoció gracias al trabajo de Lourdes Arizpe<sup>1</sup> que analiza el fenómeno de las llamadas “Marías”,

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

<sup>1</sup> Lourdes Arizpe, *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las “Marías”*, México, SEP (SepSetentas, 182), 1975.





mujeres indígenas que se dedicaban a la venta callejera, y entre ellas, a un grupo específico: las mujeres otomíes del municipio de Amealco, estado de Querétaro. Arizpe subraya la especificidad de la migración de Santiago Mezquitilán: a diferencia de otros grupos, como los nahuas o los mazahuas, los migrantes de este pueblo, casi sin excepción, se dedicaban a la mendicidad; las mujeres en particular vendían chicles y pedían limosna en las calles del sur de la ciudad. Los hombres buscaban ocupaciones temporales, acordes con su estrategia de ganar más dinero en menos tiempo y regresar a la comunidad; por ello desempeñaban trabajos informales en los mercados (La Merced, Central de Abastos) como estibadores y cargadores o se dedicaban también a la mendicidad.<sup>2</sup>

A principios de la década de 1970, los migrantes de Santiago se agrupan en diferentes colonias: cerca del puente de Nonoalco, sobre la avenida Taxqueña en Coyoacán, en Mixcoac y en Jamaica, entre otras zonas. Algunas familias que vienen por cortas temporadas rentan espacios pagando por noche. Las que quisieron establecerse en la ciudad, habían empezado a irse de “paracaidistas” en las colonias nuevas surgidas en las cercanías del estadio Azteca.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 79.

Una característica importante de la migración otomí es que los migrantes no se mezclan con la población urbana. Es en su grupo de paisanos donde encuentran relaciones sociales, ayuda financiera y apoyo moral. Recíprocamente, al replegarse a su grupo de paisanos, se separan socialmente del resto de los estratos de la sociedad urbana. Concluye la autora que a los otomíes no les interesa la integración, al rechazo que reciben por parte de la sociedad urbana responden con otro rechazo y en general se muestran desconfiados y hostiles hacia la sociedad nacional.<sup>3</sup>

Ante la falta de fuentes de trabajo en la región y la relativa cercanía de la capital, sobre todo después de la construcción de la carretera en 1978, se aceleró el flujo migratorio de Santiago a la capital, pues se acortó el tiempo de traslado, lo que permite ir y venir con frecuencia. Si, por una parte, aumentó el número de familias que optaron por la migración definitiva, muchas otras seguían el patrón migratorio temporal, con características particulares. Mientras que los esposos trabajaban en alguna obra o en la Central de Abastos y dormían en su lugar de trabajo, sus esposas (con los hijos) se dedicaban a la venta de dulces, chicles y artesanías o pedían limosna a los turistas en la Zona

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 130.



Rosa durante el día y hasta horas tardías en la noche. En la noche dormían en las entradas de edificios sobre cartones, tapándose con cobijas que durante el día guardaban debajo de las tapas del drenaje. Otro espacio donde pernoctaban muchas mujeres con niños era el camellón de la avenida Chapultepec, cerca de la estación del metro Insurgentes. Al reunir una cierta cantidad de dinero, después de 15 a 20 días, la familia regresaba a Santiago para volver nuevamente a la ciudad, algunas semanas después, en función de la necesidad de conseguir nuevos recursos.

Algunas familias de migrantes definitivos con mayor antigüedad, al lograr un ahorro necesario, compraron lotes en la periferia de la ciudad o los municipios conurbados; algunas otras aprovecharon la regularización de los terrenos donde vivían como paracaidistas (por ejemplo, en Santo Domingo, Coyoacán).<sup>4</sup> Sin embargo, la mayoría de parejas y familias vivía en cuartos rentados o viviendas compartidas con otros familiares, frecuentemente hacinados.

<sup>4</sup> Hiroyuki Ukeda, "Pobreza y los pueblos indígenas: el caso de dos familias otomíes en la ciudad de México" (mimeografiado), 2001.

Para muchas familias de migrantes de Santiago, en particular aquellas que anteriormente habían practicado la migración temporal, esta situación iba a cambiar de manera radical después de 1990. Como es sabido, los temblores de 1985 dañaron numerosas viviendas en la colonia Roma y muchos predios permanecieron varios años bajo escombros, dando refugio a grupos de jóvenes de la calle, frecuentemente drogadictos. Algunos migrantes otomíes que conocían la zona pronto vieron la gran oportunidad de contar con un espacio donde podrían estar más cómodos que en la calle o bien ahorrarse la renta de una vivienda. Así empezó una nueva etapa en la vida urbana de más de ochenta familias que actualmente viven agrupadas en cuatro predios en la colonia Roma, todos cerca de la Zona Rosa, la avenida Reforma y el Centro Histórico (lugares turísticos muy idóneos para la venta de dulces, artesanías y para pedir limosna).

#### El proceso de lucha por el espacio

**E**l ejemplo de dos grupos de familias que iniciaron una lucha por un espacio urbano presenta mucho interés en la medida en que por una parte ilustra el cambio del patrón migratorio de muchas familias que antes llegaban de manera temporal a la ciudad y por otra, una gran capacidad de movilización y de organización de los migrantes para lograr su propósito.

Asimismo, en este proceso los indígenas establecieron un nuevo tipo de relación con los diferentes agentes de la sociedad urbana (organizaciones e instituciones diversas) y de esta manera iniciaron un proceso paulatino de integración social a la ciudad, aunque con muchas limitaciones. Cada predio tiene su propia historia, la cual permite apreciar las diferentes maneras de enfrentar el problema de regularización de sus predios, en función de su capacidad organizativa y de liderazgo en estos grupos de familias.

#### El caso del predio de Guanajuato

**E**ste predio, inicialmente propiedad de la Secretaría de Gobernación, estaba ocupado hasta 1985 por el edificio de El Colegio de México y quedó seriamente



dañado por los sismos. Durante varios años el terreno se encontraba en un estado de abandono, lleno de cascajo y basura que tiraban los habitantes de la colonia. Un día, en 1994, un migrante otomí al pasar cerca se percató de este espacio, avisó a sus familiares y conocidos y decidieron ocuparlo; se corrió la voz y llegaron más familias. Al principio tuvieron que compartir el lugar con jóvenes drogadictos que se alojaban ahí. Sin quitar el cascajo, los hombres emparejaron el terreno y poco a poco empezaron a construir cuartos de madera, hule y lámina de cartón con pisos de concreto, según las posibilidades de cada quien; los vecinos ya dejaron de tirar basura y los jóvenes de la calle abandonaron el lugar. Una mujer que anteriormente vivía en un cuarto rentado, recuerda las condiciones en que vivían: “no teníamos ni baño, ni luz, estábamos con pura vela. Para cocinar, pedíamos agua con los vecinos o comprábamos; también la tomábamos de la fuente cerca. La gente se enfermaba mucho de estómago y de piel; hubo lluvia y lodo por dondequiera”.

Pero para las personas que antes dormían en la calle tener un techo significó un gran avance, para otros, ahorrar una renta. Poco a poco mejoraban sus condiciones de vida en función de los recursos de cada familia: compraron algunos muebles, máquinas de coser para fabricar muñecas de trapo, estufas, refrigeradores, radiograbadoras y aparatos de televisión.

#### *Inician la lucha por el predio*

Poco a poco el grupo se organizó superando los conflictos internos de liderazgo y obtuvo el registro de su asociación. En este proceso se incorporó a la UPREZ (Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata) lo que le permitió contar con la asesoría gratuita de un abogado de esta organización. Así, con el apoyo de varias organizaciones populares agrupadas en la UPREZ, las familias emprendieron la lucha para legalizar la ocupación de predio. Este proceso, que duró varios años, requirió una movilización casi permanente del grupo, tanto en su interior como hacía el exterior, ya que tenían la obligación de participar en todas las marchas y mítines organizados por la UPREZ. Al mismo tiempo, aprovechaban todo tipo de contactos y buscaban apoyos para su causa.

#### *El incendio*

El 4 de abril de 1997 fue la fecha que les cambió nuevamente la vida. Ese día, en uno de los cuartos de fondo se inició un incendio, imposible de controlar debido al tipo de elementos de construcción fácilmente inflamables. En el predio estaban casi únicamente mujeres y niños ya que los hombres estaban en sus lugares de trabajo. Todos lograron salir por el estrecho pasillo, mientras sus viviendas y bienes se quemaban; en cuestión de minutos perdieron todo. Posiblemente el incendio se debió a la explosión de un tanque de gas que estaba dentro de un cuarto cerrado, pero a la gente le quedó la sospecha de que se trató de un acto intencional por parte de alguien de fuera, “para deshacerse de ellos”. Sabían que los vecinos de esta zona residencial “no querían a los indígenas en la colonia”.

Todas las familias se concentraron en el cercano parque de la calle de Orizaba, mientras su representante, acompañado por un grupo de mujeres con niños y algunos hombres, buscó apoyo de la Delegación y las organizaciones populares. Llegaron muchos donativos (ropa para niños, comida en lata) incluso por parte de los vecinos de la colonia. Durante la tarde y la noche los trabajadores de la Delegación sacaron los restos de las viviendas quemadas y limpiaron el terreno. Las familias decidieron que “no se iban a ir” e hicieron un campamento en el predio. La Delegación apoyó la construcción de cuartos de lámina con polines para 35 familias; también instaló la luz y el agua con regaderas y baños para hombres y mujeres: tuvieron que volver a empezar.

#### *La lucha continúa*

El grupo continuó la lucha por regularizar el predio —apoyado por otras organizaciones populares— a pesar de muchas dificultades y presiones, incluyendo demandas legales y amenazas de arresto que infundieron miedo a muchas personas (su líder estuvo preso durante 24 horas), pero no quebraron su determinación. Aquí es importante recalcar el papel destacado de las mujeres en esta lucha del grupo: como los hombres trabajaban, sus esposas tenían que participar en las marchas y plantones de muchas horas, llevando consigo a los niños; igualmente acompañaban a su represen-



tante a la hora de realizar los diferentes trámites o también a ver a otras organizaciones para pedir ayuda. Su lucha duró cuatro años, hasta que consiguieron la regularización del predio.

### *La lucha por vivienda*

Una vez en posesión del predio, el grupo se enfrentó a un nuevo reto: querían construir viviendas para todas las familias, para lo cual necesitaban un crédito. Al presentar su solicitud ante el Instituto de Vivienda del Distrito Federal se enteraron que, desde el punto de vista legal, los indígenas estaban incluidos entre los “grupos vulnerables” (junto con las prostitutas y los enfermos de SIDA) y por lo tanto, no eran sujetos de crédito, sin importar si tenían empleo. El grupo, con su insistencia y el apoyo de la UPREZ, logró que se cambiara un párrafo del reglamento para que las comunidades indígenas urbanas pudieran acceder al crédito. Su deseo era construir un edificio con departamentos para todas las familias que ocupaban el predio. La construcción se financió en parte con un crédito y en parte con un subsidio del gobierno del Distrito Federal. Los planos del edificio los realizaron unos arquitectos alemanes con la participación de los interesados, quienes decidieron el tipo de vivienda que querían, aunque tuvieron que negociar la inclusión de un espacio para usos comunitarios que finalmente aprobaron las autoridades.

Para poder iniciar la construcción, las familias tuvieron que dejar el predio y cambiarse a otro, el cual rentaron a una organización recibiendo apoyo por parte del gobierno del Distrito Federal para pagar la renta; ahí levantaron sus casitas, durante el tiempo que duró la construcción (un año). El edificio —el primero construido mediante el programa— se entregó el 22 de noviembre de 2003 con 46 departamentos iguales de 60m<sup>2</sup> cada uno, que constan de una sala-comedor, tres recámaras, un baño completo, la cocina y la zotehuela. Las familias obtuvieron un crédito a 30 años pagado en forma de renta cuyos montos varían de acuerdo con las posibilidades de cada una. Como las viviendas se entregaron sin acabados, el estado actual de los departamentos refleja las disparidades entre familias en cuanto al nivel de ingresos. Igualmente hay importantes diferencias en lo que se refiere a la posesión de

muebles y electrodomésticos. En algunos departamentos viven varias familias nucleares ya que los hijos cuando se casan traen a la esposa, lo que causa un cierto hacinamiento. En la planta baja se encuentra la sala comunitaria donde se realizan diferentes actividades (talleres, clases, pláticas, reuniones); asimismo, se cuenta con una biblioteca y un centro de computo para los jóvenes.

### *La organización*

El hecho de haber conseguido la regularización del predio en una colonia donde viven familias acomodadas y haber obtenido el crédito para las viviendas según el proyecto deseado, habla por sí solo de la gran capacidad organizativa y de movilización de la mencionada comunidad. Es un logro excepcional y un precedente en la historia de los migrantes indígenas en la ciudad, en vista del tipo y tamaño del predio regularizado a su favor, así como la magnitud de la obra y las acciones realizadas. Pronto el caso de esta comunidad se volvió muy famoso y se convirtió en objeto de estudio de muchos investigadores, tanto mexicanos como extranjeros, provenientes de diferentes disciplinas. También dio lugar a que el INVI iniciara un programa de vivienda colectiva para grupos de familias indígenas organizadas.

Aquí es necesario recalcar el papel del líder del grupo, cuya gran capacidad y entrega a la causa de su comunidad, así como su talento político, fueron factores de primer orden en todo el proceso de negociación con los diferentes agentes externos, por ejemplo, las organizaciones populares e instancias del gobierno. Actualmente en el grupo hay un representante para asuntos externos y otro para los internos; también una mujer funge como representante de las mujeres. Con frecuencia se organizan diferentes talleres y pláticas, además de coordinar cursos de alfabetización y programas de escolarización para adultos; asimismo, existe mucho interés en la educación y capacitación de alrededor de 150 jóvenes de diferentes edades. Vistas las numerosas actividades que desarrollan, la sala comunitaria resulta ya demasiado reducida, por lo que acaban de solicitar un permiso y financiamiento para construir otro espacio en la azotea; con relación a esto último,

recibieron la visita del jefe de gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard, lo que una vez más demuestra su gran capacidad para lograr apoyos necesarios a fin de satisfacer las necesidades de su comunidad.

En fechas recientes los esfuerzos de la organización se están dirigiendo también hacia su comunidad de origen, donde se proponen llevar talleres de rescate cultural, apoyar el aprendizaje del cómputo e incluso tienen la ambición de conseguir la construcción de un hospital, aprovechando sus contactos y conocimientos del medio institucional.

Si bien ésta es la actitud del grupo más activo de la comunidad, no todos sus miembros comparten estas inquietudes ni cooperan para su superación. De hecho, desde un principio, no faltaron divisiones y conflictos relacionados con el liderazgo y posteriormente —cuando ya se construyó el edificio— con la distribución de los departamentos.<sup>5</sup> De manera que hasta ahora los integrantes del predio siguen divididos, lo que repercute en el cumplimiento de algunas obligaciones y la falta de una participación más amplia. Además, existe una división religiosa entre los católicos y los evangélicos (Iglesia del Buen Pastor) que se sobrepone a las otras divisiones y conflictos.

#### El predio de avenida Chapultepec, llamado “La casona”

##### *Ocupación del predio*

Se trata de un terreno donde había una casa dañada por los sismos y abandonada por el cuidador. Según relata el actual líder del grupo, la ocupación del predio ocurrió gracias a que varias familias que venían de manera temporal a la ciudad, pernoctaban en un camellón de avenida Chapultepec, cerca de la estación del metro Insurgentes. Un día, unos jóvenes avisaron a las señoras que había una llave de agua en un predio cerca y que podían pasar a lavar su ropa ahí. Cuando vieron



que había un espacio libre, se corrió la voz entre las personas que estaban en la calle y empezaron a ocuparlo. En ese tiempo en el lugar vivía un grupo de jóvenes de la calle y “tuvieron que pelear con ellos para que salieran”, apoyados por la Delegación Cuauhtémoc.

La casa que se encontraba en el predio, de dos niveles, estaba en muy mal estado con paredes y techo cuarteados. Al principio la ocuparon pocas personas, pero después llegaron varias familias más y empezaron a arreglar el espacio; poco tiempo después, debido a las vibraciones que venían de una construcción al lado, se derrumbó una pared y falleció un hombre y otro más quedó inválido. Los funcionarios de la Delegación, avisados del accidente, constataron que era necesario desalojar el lugar para emparejarlo y limpiarlo, pues los ocupantes corrían muchos riesgos. Mientras se hizo esto, llevaron a las 23 familias que residían ahí a un albergue cerca de la delegación. Recuerda el actual líder del grupo que:

A la gente no le gustaba este albergue, porque se levantaba a las cinco de la mañana y a lavar con agua fría a los niños, entonces dijimos “no nos gusta, se pueden enfermar los niños”. Entonces nos mandaron ahí en Tepito; duramos dos años. Nos decían que nos iban a reubicar en un campamento, pero se tardó como dos años y nada; como vimos que ya estaba todo limpio y que en la Delegación no cumplen su palabra, decidimos que ya no había mucho riesgo y regresamos. Compramos una lona como de veinte metros para todas las familias. Duramos como un mes así, no teníamos dinero para comprar más,

<sup>5</sup> Anna Perraudin, “Los asentamientos comunitarios: estrategias residenciales e interacciones étnicas. El caso de los otomíes de Santiago Mezquititlán en la ciudad de México”, ponencia presentada en el Coloquio Internacional “Ciudades Multiculturales de América”, Monterrey, 29-31 de octubre de 2007.



sólo para protegerse de la lluvia y en la noche. Después ya cada quien compró su madera y sus láminas y empezamos a hacer los cuartos, cada quien como pudo. Ya no regresó la Delegación para molestarnos.

#### *La vivienda actual*

Se trata de una vecindad de cuatro hileras de viviendas construidas con tablas, lámina, cartón y cubiertos con lámina de asbesto, separadas por dos pasillos pavimentados. El espacio interior de las viviendas está dividido con tablas o telas, en función de las necesidades de cada familia; los pisos son de concreto y excepcionalmente de mosaico.

Las viviendas cuentan con luz eléctrica y estufas de gas (los tanques están fuera de la vivienda), pero las llaves del agua están cerca de la entrada de la vecindad, donde también se encuentran los lavaderos y los baños. Afuera cuelga la ropa que las mujeres lavan todos los días por turnos, y telas de colores vivos cuelgan en las puertas, abiertas durante el día. Existen diferencias entre las viviendas en cuanto al acabado y los muebles. Mientras que en una de ellas hay una lavadora de ropa, varios electrodomésticos y camas, en otras hay cartoneros en el piso para dormir, muy pocos muebles y algunos enseres domésticos indispensables. Estas diferencias hablan de una cierta disparidad en los ingresos y en general los niveles de vida de las familias.

En la vecindad hay una sala comunal (construida con el apoyo del INI), donde los niños pueden hacer sus tareas, se realizan reuniones del grupo y diversos talleres.

#### *Problemas con el predio*

Después de más de tres años sin ser molestados, se presentó una persona como dueño del predio diciendo que tenía la intención de construir ahí; agradeció a las familias que se lo cuidaran durante estos años y les ofreció dinero por el trabajo de limpieza realizado. Asimismo, ofreció pagar la adquisición de un terreno para que pudieran salir del predio. El ofrecimiento les pareció muy atractivo, según relata el representante del grupo:

[...] y nosotros nos encargamos a buscar el terreno, [...] entonces encontramos uno en Cuajimalpa, costaba un millón doscientos mil; entonces decidimos derrumbar nuestras casitas y pedimos a la Delegación una mudanza. Estábamos en contacto con el INI y nos dijeron de derrumbar sólo unas casitas, para que el dueño nos de el cheque, 'porque si ahorita se salen, va ser difícil que regresen'. Entonces ya nos dio el cheque y fuimos directo al Banco ¡no tenía fondos! Lo que quería el señor que nos fuéramos nomás, entonces empezamos a reclamar. Ya nos regresamos y no quisimos salir.

El grupo seguía en el predio, pero [...]

Dos años después y llegó un señor, era el mismo, y dice que "discúlpeme, pero ahora sí va en serio". Entonces encontramos un terreno en Chimalhuacán, más barato, nos salió \$650 000, por 2100 m<sup>2</sup>, e igual, el dueño nos ofreció dinero y resultó igual. El señor que vendía el terreno estaba enfermo y necesitaba dinero, y le dimos como \$100 000, un adelanto, que era dinero del grupo. Nos dijo "si ustedes no cumplen su palabra, se pierde este dinero". Entonces nos faltaban \$550 000 y el señor, dueño de este terreno, se había rajado.

Ante esta situación crítica, el grupo se puso a buscar una institución no gubernamental que le prestara dinero. Fue Cáritas la que aceptó prestarles \$550 mil pesos y de esta forma pudieron adquirir el predio, pagando el crédito mediante cuotas mensuales, establecidas en función de las posibilidades de las 23 familias (iniciaron pagando \$300 e iban subiendo la cuota hasta \$600 por familia en 2004, año en que iban a terminar de pagar el la deuda).



Sin embargo, las familias que pronto iban a convertirse en dueñas del terreno en Chimalhuacán, no estaban dispuestas a dejar el predio de “La casona”. Las razones eran muy poderosas: aquí estaba su fuente de trabajo e ingreso, sobre todo de las mujeres (la venta callejera de dulces y muñecas en la Zona Rosa o en el metro, cerca de los hoteles de la avenida Reforma y la mendicidad), pero también de muchos hombres que trabajan como ayudantes de albañil o vendedores de productos “de moda” en las esquinas (juguetes de origen chino, banderitas para la fiesta nacional, etcétera), además de la mendicidad y la limpia de parabrisas. El grupo, estimulado por los logros de sus paisanos de la calle de Guanajuato, trató de seguir sus pasos: lograr la regularización del predio en la capital y quedarse con el terreno adquirido en Chimalhuacán; posteriormente estaría en sus planes obtener un proyecto de vivienda y un crédito para la construcción. Estaban bien informados acerca de las posibilidades de quedarse con el predio y conocen los programas de vivienda del INVI, por lo que empezaron a realizar los trámites, según comenta su líder: “El gobierno está regalando un chingo de viviendas, entonces ahora estamos en esto, metimos el proyecto. Nos faltan algunos documentos de aquí, el pago del predial, para que nos otorgue el proyecto de vivienda. Ahora del puro predial son \$90 000. Se pueden condonar los intereses [...] sí, hay periodos así. Nada más falta esto.”

En efecto, los herederos del dueño del predio se estaban peleando por éste y nunca pagaron el predial ni el agua desde antes de 1985. Esta situación favoreció mucho al grupo indígena ocupante que confiaba poder obtener de esta manera la regularización del predio.

Otra decisión que tendrá que tomar el grupo era respecto al terreno adquirido en Chimalhuacán. Algunos consideraban conveniente venderlo para pagar el enganche para la construcción de una vivienda colectiva en el predio, pero otros preferían dividirlo en lotes y conservarlos para sus hijos. Si bien se trata de familias en su mayoría de muy bajo nivel de ingresos, el hecho de haber reunido \$ 100 000 del enganche para la compra del terreno en Chimalhuacán (\$4 347 por familia) y haber podido pagar las mensualidades del crédito, hablan de un cierta capacidad de ahorro a pesar de la

imagen de marginalidad y gran pobreza que presentan muchas de estas familias (el terreno costó a cada una alrededor de \$28 000). Lo anterior explica el porqué de su interés por quedarse en la capital, donde creen tener más segura su fuente de ingresos.

### Integración social

El hecho de tener un espacio propio (o en vías de regularización), no ha representado para las familias otomíes un avance significativo en su integración social y cultural a la sociedad urbana. Aquí hay que tener en cuenta que, debido a la antigüedad de la migración de Santiago, en los predios frecuentemente viven dos generaciones de migrantes (en algunos casos incluso tres y excepcionalmente cuatro), lo que hace pensar que los hijos que venían a la ciudad desde pequeños junto con sus padres —y sobre todo los que ya nacieron en la ciudad— están mejor integrados al medio urbano que sus padres y abuelos. Además, si bien entre los migrantes de primera generación hay muchas personas, en particular mujeres, que todavía no se expresan bien en español, sus hijos y nietos dominan bien este idioma. Además, los jóvenes en edad escolar en su gran mayoría están escolarizados.

Sin embargo, al margen del grado de dominio del idioma, la distancia cultural con la sociedad urbana y la no aceptación de la diferencia cultural por parte de esta última —que se expresa en actitudes discriminatorias y racistas hacia los indígenas— dificultan una integración más amplia al medio urbano. Asimismo, el tipo de actividades laborales, la venta callejera o la mendicidad, mantienen a esta población en una situación de marginalidad (si bien en un grado menor que hace tres décadas), difícil de superar a mediano plazo. Las perspectivas pueden cambiar en la generación de los jóvenes que actualmente están estudiando, ya que muchos de ellos tienen interés en lograr una preparación que les permita una mejor inserción económica y social en el futuro.

Los grupos comunitarios de la colonia Roma viven replegados hacia su interior y su relación con los agentes externos se da sobre todo a través de sus representantes. Una excepción lo constituye el caso del grupo de la



calle de Guanajuato, donde ha habido más interacción con el exterior, debido primero a las experiencias de contactos con diversas instituciones y posteriormente a la organización de diferentes talleres, cursos y pláticas, así como a la presencia de muchos investigadores interesados en conocer su experiencia. La participación, sin embargo, no abarca a toda la comunidad, por lo que persiste la desconfianza, además de la dificultad para comunicarse por parte de muchas personas.

Otro ámbito de contacto con el mundo exterior es la escuela donde estudia la mayoría de los jóvenes otomíes y donde persisten serios problemas debido al trato discriminatorio que dan los maestros a los alumnos indígenas, además de las actitudes negativas de los familiares de alumnos no indígenas hacia ellos y sus padres. En este sentido, la integración social de los hijos tampoco es fácil, ya que los programas escolares no contemplan la presencia en las aulas de alumnos cuya lengua materna no es el español y que son portadores de una cultura distinta a la nacional; tampoco los maestros están capacitados para atenderlos adecuadamente por lo que los niños otomíes carecen de los apoyos y la comprensión suficientes para poder avanzar al ritmo de sus compañeros no indígenas.<sup>6</sup>

Por otra parte, en su interior los grupos comunitarios no están libres de problemas que afectan tanto a la población adulta como a los jóvenes. El tradicional alcoholismo otomí que reduce sus limitados ingresos, la violencia en los hogares y la drogadicción de los hijos son algunos problemas más serios que afectan a las familias otomíes en el ciudad.<sup>7</sup> Además, existen importantes divisiones y rencillas internas (entre los católicos y evangélicos, los que cooperan y participan y los que no lo hacen, etcétera); algunos conflictos tienen una larga historia, desde la manera de ocupar los predios hasta problemas de liderazgo (que surgieron posteriormente).

<sup>6</sup> Nicanor Rebolledo, *Escolarización interrumpida. Un caso de migración y bilingüismo indígena en la ciudad de México*, México, Universidad Pedagógica Nacional (Máster, 26), 2007.

<sup>7</sup> Marta Romer, "Mujeres indígenas migrantes: violencia intrafamiliar y factores de cambio en las relaciones de género", en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, núm. 79, julio-septiembre, 2005.

## Conclusiones

La historia de los dos grupos de familias otomíes que estuvieron luchando —aunque de manera distinta— para conseguir su espacio en la ciudad, contrasta con la imagen de los migrantes de Santiago de hace tres décadas que relata el libro de Lourdes Arizpe, pues éstos no tenían interés en quedarse de manera permanente en la capital ni integrarse a la sociedad urbana, la cual incluso rechazaban.

La ocupación de los predios, a pesar de la situación irregular y la inseguridad que implicaba, abrió la posibilidad de tener un espacio propio y cambió la percepción de su futuro y en consecuencia su proyecto de vida, ahora orientado hacia la ciudad, sin que por ello se debilitaran los lazos con su comunidad de origen, donde muchos aún conservan propiedades (casas o terrenos) y donde viven otros de sus familiares más cercanos. A su vez, las familias que ya vivían en la ciudad, al unirse al grupo, vieron la posibilidad de resolver su problema habitacional y ahorrarse una renta, la cual en adelante podrían invertir en una vivienda.

Sin embargo, la solución del problema de un espacio físico propio, e incluso de una vivienda digna, está lejos de resolver el problema de la integración social de las familias otomíes a la sociedad urbana. La pobreza y la marginalidad social en la que vive la mayoría de las familias, en un contexto altamente discriminatorio, hacen que se mantengan las barreras sociales. En efecto, las comunidades indígenas urbanas siguen siendo rechazadas por su entorno, que no acepta la presencia de indígenas en su colonia.

En esta situación —el repliegue hacia su comunidad— a pesar de los problemas y divisiones que la aquejan de igual manera que hace treinta años, permite que se mantengan unidos frente al mundo exterior y negociar como grupo con agentes externos e instituciones, pues es la única manera de resistir y progresar. Lo nuevo, que es resultado de este proceso de lucha, es la conciencia de tener derecho a vivir en la ciudad como cualquier otro ciudadano, como lo expresa este comentario de una mujer de la comunidad del predio Guanajuato: "a pesar de que no nos quieran, ahora ya somos dueños y nadie nos mueve de aquí".